

De la Casa del Lago a la Ciudad Universitaria*

HERMINIA PASANTES

El Instituto de Biología de la UNAM, constituido como tal en 1929, el mismo año de la autonomía universitaria, recibió como patrimonio físico las instalaciones de la Casa del Lago, dentro del Bosque de Chapultepec, y el edificio que albergaba al Museo de Historia Natural, establecido en la calle del Chopo.

La vida del Instituto de Biología en la Casa del Lago, como es el caso de muchas otras instituciones de la UNAM antes de su ubicación en la Ciudad Universitaria, se evoca con un sentimiento de nostalgia, sobre todo cuando el paso del tiempo ha hecho olvidar los detalles incómodos de todos los días. La Casa del Lago estaba rodeada de hermosos jardines, en los cuales, al estilo de los antiguos filósofos, el director del Instituto, doctor Isaac Ochoterena, maestro de todos nuestros maestros y figura decisiva de la biología en México, acostumbraba pasear con algunos investigadores y estudiantes dilectos, comentando los últimos resultados de sus investigaciones (el descubrimiento de una nueva especie o las características de los glóbulos rojos de los murciélagos) o los sucesos más importantes de la vida académica del Instituto y del acontecer político y cultural del país.

La biblioteca del Instituto era muy hermosa. Estaba instalada en lo que había sido el salón principal de la casona, construida para servir de residencia al presidente Adolfo de la Huerta. El piso de madera, con duelas oscuras, los estantes repletos de libros muy bien encuadernados como se usaba entonces, algunos de ellos incunables, con los trabajos de los grandes naturalistas del siglo XIX, la pesada mesa de caoba en el centro, todo reflejaba el más puro ambiente escolástico. La oficina del director tenía un aspecto austero, lleno de formalidad, con butacas anchas, muy cómodas, forradas de piel y en las paredes, cuadros con pinturas de personajes mitológicos. Los laboratorios, aloja-

dos en los cuartos originales de la casa, con pisos también de madera que crujían al caminar, estaban equipados sólo con lo indispensable: una mesa grande para los microscopios, estantes para los instrumentos de trabajo. El laboratorio de histología y embriología era simplemente el pasillo de la casa, cerrado por un cancel de madera, muy estrecho, sí, pero con la vista más hermosa del lago. Otros laboratorios se encontraban en el entepiso, oscuros, con ventanas pequeñas, aunque también con vista del lago. El laboratorio de bioquímica se encontraba en una construcción accesoria, la llamada Casa de la Reja, que existe todavía, también como parte de la administración del Bosque de Chapultepec, suficientemente alejada del edificio principal como para preservar a los investigadores de las otras áreas de las emanaciones de los reactivos y sus peligros potenciales. Las prácticas de bioquímica se impartían al aire libre, en el patio de este pequeño edificio.

Las colecciones biológicas ocupaban un lugar prominente, agrupándose apretadamente en estantes y vitrinas, y en su continuo crecimiento amenazaban con desplazar a los investigadores de su ya de por sí reducido espacio. El Herbario Nacional, con un acervo de 60 mil ejemplares catalogados por los investigadores del Instituto de Biología, ocupaba también parte de las instalaciones. En todo el edificio se respiraba un ambiente de austeridad académica. El crujido de las duelas del piso, el olor a madera y a libros viejos se mezclaba con el olor suave de la naftalina y penetrante del formol, sustancias en las que se conservaban las colecciones de plantas y los especímenes animales.

Los horarios de trabajo estaban supeditados en cierta medida a las condiciones del lugar. En tiempo de lluvias, había que salir temprano para evitar mojarse durante la larga caminata hasta el camión que pasaba cerca de las rejas o en Reforma. Pocos investigadores tenían automóvil y estas caminatas diarias seguramente los ayudaban a conservarse en forma. Tal vez sea esta la razón por la cual una proporción muy alta de los investigadores de ese tiempo tienen actualmente más de 85 años. Los estudiantes, aunque recibían allí algunos cursos y sobre todo algunos trabajos prácticos, con

* Los testimonios de los doctores Bernardo Villa y Teófilo Herrera hicieron posible la elaboración de este artículo. Los doctores Villa y Herrera son investigadores eméritos del Sistema Nacional de Investigadores y de la UNAM. Además, para la realización de este ensayo se consultó el artículo "Sesenta años del Instituto de Biología" de Javier Valdés Gutiérrez, *Ciencias*, 18: Suplemento. I-VIII, 1990.



Estadio Olímpico
Foto: Berta Tello

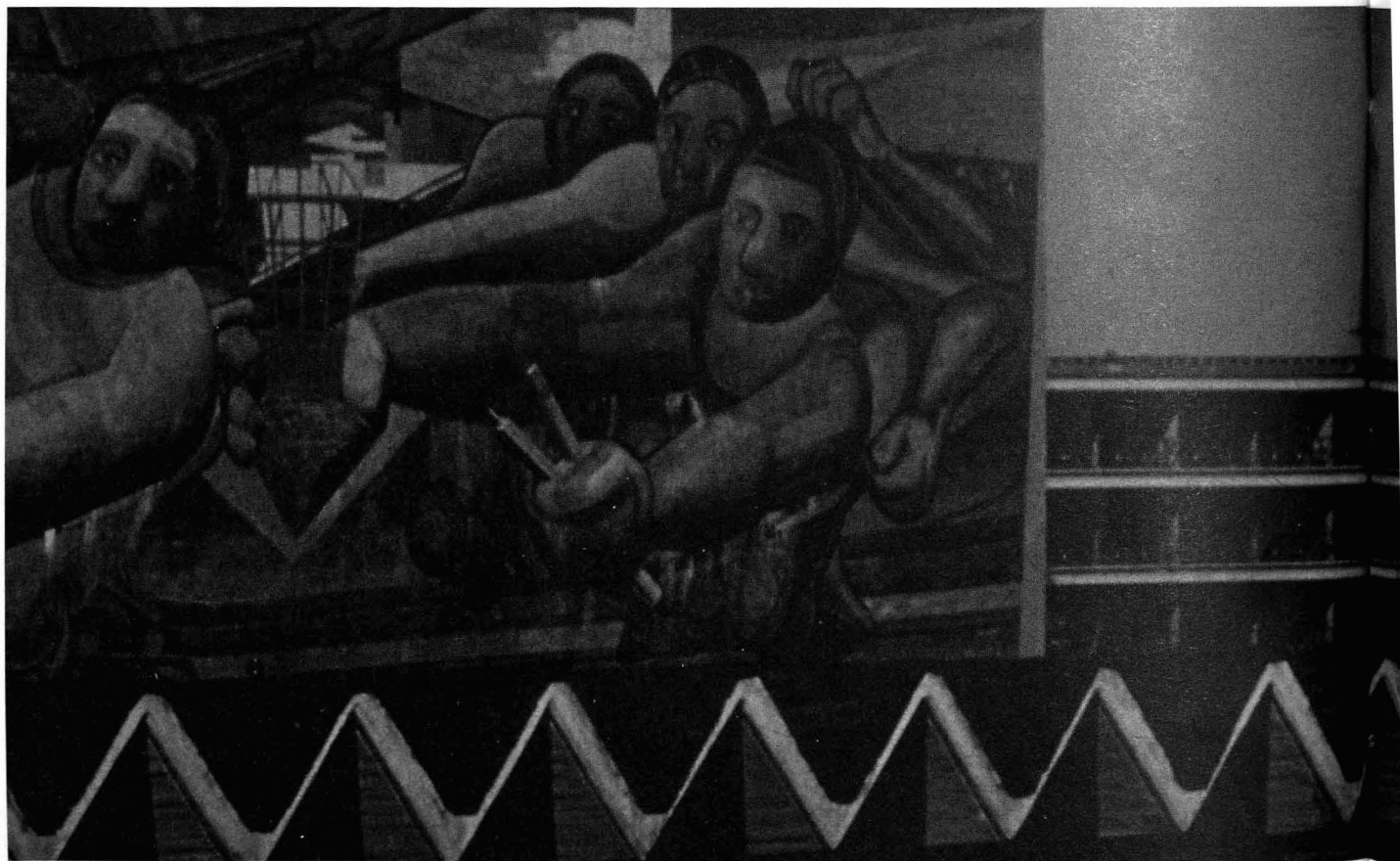


excepción de algunos, no formaban parte tan sustancial de la vida académica del Instituto en la forma en la que actualmente ocurre. La Facultad de Ciencias estaba ubicada en un edificio en el centro de la ciudad, en la calle de Ezequiel Montes, y así, los jóvenes que deseaban iniciarse en la investigación tenían que desplazarse desde allí hasta Chapultepec.

A principios de los años cincuentas se inició el gran cambio que representaría para la vida universitaria el traslado de las instalaciones de la Universidad Nacional a la Ciudad Universitaria, en la que se agruparían todos los institutos de investigación científica y la mayor parte de las facultades y escuelas. Los edificios que alojarían al Instituto de Biología fueron planeados por los entonces jefes de departamento: los doctores Manuel Ruiz Oronoz, de Botánica, Eduardo Caballero, de Zoología y Roberto Llamas, de Bioquímica, quien era asimismo el director del Instituto. Aunque algunas escuelas, entre ellas la Facultad de Ciencias, a la que pertenece el Departamento de Biología, se trasladaron a la Ciudad Universitaria desde 1954, el Instituto de Biología lo hizo entre 1956 y 1958, quedando en este último año esencialmente concluido el cambio. En lo que respecta al Instituto de Biología los aspectos prácticos de este traslado no fueron triviales. Además de transportar la voluminosa biblioteca, como en el caso de otros institutos de la UNAM, la dificultad mayor era el transporte y la reubicación de las colecciones. Los especímenes, muchos de ellos valiosísimos, debían trasladarse con especial cuidado y delicadeza para evitar su deterioro. Las vitrinas

repletas de animales y plantas desecados, cuidadosamente catalogados, iniciaron su camino hacia los nuevos edificios. Sin embargo, este arduo trabajo se vio ampliamente recompensado. Los investigadores dispusieron por primera vez de cubículos individuales amplios; los espacios de trabajo fueron adecuados y las colecciones ocuparon su lugar en las condiciones que les correspondían. En el Departamento de Bioquímica se pudo instalar una ultracentrífuga, instrumento absolutamente necesario para el desarrollo de las técnicas de investigación en esa rama y cuyo peso habría inmediatamente perforado los hermosos pisos de madera de la Casa del Lago y el bioterio para alojar y producir los animales de experimentación. El Instituto de Biología estuvo alojado en el edificio que hoy ocupa el Instituto de Investigaciones Biomédicas.

Uno de los aspectos ciertamente más importantes de este cambio, que influyó positivamente en el desarrollo de la investigación en biología en la UNAM y en el país, fue la cercanía geográfica con los estudiantes de la Facultad de Ciencias, ubicada entonces en la plazuela de la Torre de Ciencias, adornada con la escultura de Prometeo. Los profesores de esta Facultad, todos ellos investigadores del Instituto de Biología, tenían solamente que atravesar la explanada de la Facultad de Medicina para llegar a impartir sus clases. El tránsito entre las dos instituciones se hizo bidireccional. La interacción estudiante-investigador se estableció de manera muy activa y cercana, situación que no se ha interrumpido hasta la fecha. Muchos de los profesores de la licenciatura en biología de la Facultad de Ciencias



son también investigadores del Instituto y los estudiantes son a su vez la cantera de los nuevos investigadores. Esta circunstancia, junto con la creación, por esa misma época, de las plazas de tiempo completo en la UNAM, vino a conformar la estructura del profesor-investigador, dualidad indisoluble que es el fundamento de la investigación. A partir de entonces, los investigadores con esa categoría no tenían ya que desplazarse de un lugar a otro para completar su salario. Su vida se concentró en las aulas y los laboratorios del extraordinario conjunto arquitectónico que constituye la Ciudad Universitaria.

Otra situación que cambió radicalmente el panorama de la investigación en el área biomédica en la Ciudad Universitaria fue la posibilidad de interactuar con investigadores de otros institutos y escuelas. La concentración, en un mismo espacio, de instituciones de investigación como la Escuela de Veterinaria, el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos (hoy Instituto de Investigaciones Biomédicas), la Facultad de Química, la Facultad de Medicina y aun la Facultad de Filosofía, proporcionó un vigoroso impulso a la investigación en las áreas biomédicas. Posiblemente el resultado más tangible de esta interacción fue la incorporación de un grupo grande de investigadores de la Facultad de Medicina al Departamento de Biología Experimental del Instituto de Biología, el cual, con el tiempo, daría nacimiento al actual Instituto de Fisiología Celular.

La Ciudad Universitaria permitió también el desarrollo, en forma particularmente exitosa, de una sección muy importante del Instituto de Biología: el Jardín Botánico. Creado en 1959, durante el rectorado del doctor Nabor Carrillo, vino a dar a la botánica un espacio adecuado no sólo para la investigación sino también, en forma igualmente importante, para la difusión de la ciencia y el fortalecimiento de la enseñanza, tanto en el nivel medio como en el superior; se constituyó asimismo en un centro de servicios de apoyo a diversas instituciones del país. El concepto de la Ciudad Universitaria fue, indudablemente, un elemento esencial para que el Jardín Botánico pudiera desarrollarse en la forma espléndida en la que ahora se encuentra. Desde hace muchos años, el Jardín Botánico como edificio viviente de excepcional belleza, es visita obligada de los turistas nacionales y extranjeros que vienen a admirar la Ciudad Universitaria.

Durante muchos años, el Museo de Historia Natural no tuvo cabida en las instalaciones de la Ciudad Universitaria. Hubo que esperar casi cuarenta años para que, con el antecedente de este antiguo museo, se construyera e implementara el moderno museo de las ciencias de la Universidad, el Universum. Con esto culmina en forma espectacular el desarrollo del Instituto de Biología dentro del marco que le ofreció la Ciudad Universitaria. ●

Mural de Siqueiros. Rectoría
Foto: Ramón Pino

